

Las ruinas de Pajanco y Tuscamayo entre Siján y Pomán

PROVINCIA DE CATAMARCA

CON UNA LÁMINA

El año pasado de 1898, tuve noticia de haberse descubierto las ruinas de un muy extenso «Pueblo de Indios» en las márgenes del hoy río seco de Tuscamayo ó río de la Tusca. Mi informante era el señor Estratón Gómez, vecino y propietario en aquellos lugares. Con tal motivo me dispuse visitar el local de las ruinas para darme cuenta de su carácter é importancia, para aconsejar ó no una exploración de ellas á nuestro director, el doctor Moreno. Lo que vi en el terreno me persuadió que algo muy curioso se encerraba en aquellas interminables *pircas*, como llaman á los muros y cercas de piedra en aquellos lugares. Di cuenta de todo esto al doctor Moreno, y se acordó que partiría una expedición para aquellos lugares, tan luego como se lo permitiesen sus tareas en la comisión de límites y los recursos de que disponía.

Al poco tiempo de estar en el litoral, salieron noticias muy abultadas sobre estas ruinas en uno de los diarios de la capital federal, y ya no era uno, sino dos los pueblos de que se trataba, y en tales términos, que me hacía sospechar que no había yo dado la debida importancia á estas paredes del punto de vista de la estética.

Al regresar al interior, en Junio de este año, fui con la resolución hecha de volver á visitar los dos pueblos que reclamaban una expedición arqueológica de tanto interés para la etnología de aquella región; porque es un hecho que se van descubriendo restos de grandes poblaciones de una raza agricultora, que hacía uso ilimitado de construcciones de piedra en una región en que, según Herrera, la gente vivía poco más ó menos como los habitantes de ahora, en toldos de horcones y *quincha*, esto es, un tejido de ramas menudas, cañas, juncos ú otro material por el estilo. Por desgracia, la ausencia del doc-

tor Moreno en Europa me privó de poderme acompañar con un dibujante.

Puesto de acuerdo con el descubridor de estos dos pueblos, el ya nombrado señor Gómez, nos encontramos con él en sus rastros de Pajanco á fines de Agosto del corriente año (1899) y pasamos á visitar los restos de los dos pueblos, que se hallan, el de Pajanco, inmediatamente al noroeste del toldo que sirve de casa á los rastros, y el de Tuscamayo al sudeste de la misma, unas pocas cuerdas á la mano izquierda del camino real que gira de Siján hacia el Pajonal de Pomán, y no muchas cuerdas antes de dar con la senda que se toma para llegar á esta última villa. La distancia de Siján, el «pueblo» actual más inmediato, será como de una legua nacional.

El primero que visitamos fué el de Pajanco, y allí vimos una serie de *pircas* enterradas que atraviesan la falda de norte á sur, es decir, en sentido contrario á la inclinación de la falda. Estas *pircas* abundan en toda la región, y se repiten en las cercanías de Pomán y en especial cerca de los Corrales, camino de la Concepción.

En el momento de ver las *pircas*, comprendí que se trataba de construcciones destinadas á evitar el arrastre del limo cultivable que acarrearán las aguas torrenciales del verano, con el que los indios formaban sus admirables *andenes*, ó mejor dicho, *pata-pata*. La distribución de estos rastros *pircados* parece ser de bastante extensión, pero en la parte que exploramos no me pareció que hubiese otras construcciones de importancia.

En el campo ó falda se encuentran muchos restos de alfarería de la clase más fina, más ó menos idéntica á la que recogimos en el otro pueblo de Tuscamayo: las tejas estas se reproducen y á la descripción de ellas me remito en cuanto á clase, forma y dibujos.

Del pueblo este perdido de Pajanco volvimos al rancho y de allí pasamos al otro más importante de Tuscamayo, al que entramos del lado del norte, dejando el camino real de Siján al Pajonal, á la mano derecha.

Lo primero que hallamos fué una muralla extensa que corre de este á oeste y parece haber servido de defensa por aquel lado. Tiene sus puertas ó vanos de distancia en distancia, y en aquellos tiempos de arcos, flechas, hondas, etc., pudo ser un obstáculo formidable para un enemigo invasor. No hemos hallado murallas correspondientes por los costados oeste y sur; pero bien pudiera ser que existiesen aunque no fuesen más que los cimientos enterrados en el aluvión de aquellas faldas.

Las construcciones que exploramos están todas al sur de la muralla que se acaba de citar, y consisten de una gran represa, de una gran plaza cercada por un muro en cuadro bastante bien construido, y con un contra-muro del lado del oeste, que parece haber servido de entrada, probablemente en forma de plano inclinado. Adentro del murallón continente se encuentran algunas construcciones cuadradas. Los cantos de la pirca están dispuestos con arte y simetría, y se ve que no es obra de gente ignorante que amontona piedras para proporcionarse un reparo contra las inclemencias de la intemperie. El alto de las pircas existentes que hallamos, en ninguna parte excede de un metro de la superficie, pero las excavaciones de los buscadores de «tapados» ó tesoros escondidos, dejan ver que una buena parte de las murallas estas se halla bajo de tierra.

Pero lo que más llama la atención son esas interminables *pircas* semi-enterradas, que aquí, como en Pajaneo, corren de norte á sur, atravesando la corrida de la falda y que se alternan dejando un espacio como de seis á siete metros entre otros dos de quince á veinte. Son aquellos á que los criollos dan el nombre de calles, porque efectivamente lo parecen.

No se puede dudar que el objeto de estas *pircas* ó murallas subterráneas antes era el de formar esos *andenes* ó *patas* en que los indios sembraban su maíz, sus papas, quinoa, zapallos y demás con que se sustentaban.

Aquí como en Pajaneo, el suelo está sembrado de restos de alfarería, y el señor Gómez me aseguró que ha encontrado piezas de cobre y restos de algarrobo, etc.

Es indudable que este era uno más de esos grandes centros agrícolas que existieron en esta región antes de la entrada de los españoles, pero que ya en ese tiempo estaba en decadencia, porque algo nos debieron contar los conquistadores y misioneros si se hubiesen hallado los *andenes* ó *patas* en el estado floreciente de su primera época.

Al norte de Saujil, á medio camino entre este pueblo y el de Pisapanaco, como á media legua de uno y otro y al este del camino, se hallan vastas pircas que sin duda alguna responden á otro centro agrícola de igual ó mayor importancia que la de estos, á que los eriollos dan el nombre de *ciudarcita* y les sirve y ha servido de cantera, así que dentro de poco habrá desaparecido del todo.

En muchos otros puntos de estos pueblos se sabe de otras ruinas por el mismo estilo, de suerte que es indudable que alguna vez hubo una densa población agrícola en todas estas faldas, hoy convertidas en áridos pedregales.

Lozano, en su historia del Paraguay, tomo IV y página 25, habla de una emigración en grande escala al Chaco, á consecuencia de una seca y consiguiente hambruna poco antes de la entrada de los españoles, y muy bien podría suceder que á esto se debería atribuir la desolación que notamos hoy en toda la región al oeste de Catamarca. Yo sospecho, empero, que la ruina de la prosperidad de esta región, pueda deberse en parte á las invasiones de hordas salvajes ó de Juries, que dieron en tierra con algo, sino con el todo, de la civilización implantada por los pueblos de Chichas, introducidos por los Incas, ó por otros, anteriores á la época de Tiahuanaco, que no excluiría un renacimiento bajo los auspicios de los reyes del Cuzco, que para mi no son más que restauradores de la civilización de un imperio viejo del Perú, cuyo gran centro se hallaba en el ya nombrado Tiahuanaco.

Lo que cuentan Lozano y los autores que cita, de las grandes labranzas que encontraron los Césares en el Tucumán, sólo se explica satisfactoriamente si suponemos que aún estaba existente un sistema de agricultura como éste, indicado por las ruinas de Pajanco, etc. Es indudable que en 1558, cuando se fundaron las ciudades de Córdoba de Calchaquí, Londres y Canete ⁽¹⁾ la población de esa región era inmensamente mayor que la de ahora, pues entre las tres ciudades se encomendaron treinta y seis mil indios, y los indios de tasa eran los varones de dieciocho á cincuenta años ⁽²⁾.

Hay noticia de panteones, pero yo no quise que se tocasen porque no tenía ni dibujante ni fotógrafo conmigo para que se consignase la colocación del yacimiento. No hay cosa más sensible que el modo iconoclastico de recoger antigüedades y que resulta de los precios que se pagan por cualquier colección á lo *bric-à-brac* que se ofrece en Buenos Aires.

Los únicos objetos que conseguí fueron las tejas lisas y pintadas que recogí del suelo sin hacer excavación alguna. Son ellas de una alfarería artística en todo sentido, por la materia y pinturas, y las piezas principales pueden clasificarse como del tipo draconiano de los alrededores de Chañar-Yaco y del Fuerte de Andalgalá, etc., porque en muchas partes se hallan, pero siempre en la clase más fina de alfarería. Debo hacer notar que las tejas de Chañar-Yaco se sacaron, no de las *huacas* descritas, sino de los alrededores, sembradas sobre la super-

(1) *Conquista del Río de la Plata*, tomo IV, capítulo VI. Ed. Lamas.

(2) *Ibid.*, página 165.

ficie, precisamente como las piezas que se reproducen y describen aquí.

Del punto de vista de la estética, puede asegurarse que estas ruinas no tienen valor alguno, pero son en alto grado interesantes, y una exploración más prolija puede sacar á luz muchas cosas que se escapan á una visita, como la nuestra, que se limitaba á indagar si era procedente el envío de una comisión exploradora con todos los requisitos del caso.

DESCRIPCIÓN DE LA ALFARERÍA

Las tejas reunidas se reducen á tres grupos:

I. Alfarería ordinaria y sin pintura, pero bien quemada y algunas de las piezas estriadas con un instrumento de tres puntas, y de más ó menos. El color es bayo claro y la masa bien trabajada sin granzas; el grueso, entre seis y siete milímetros. Parece que los fragmentos pertenecen á ollas.

II. Alfarería fina, bien amasada, alisada y quemada; color bayo natural de la greda, sin pintura ni otro adorno, y los dos fragmentos levantados, corresponden á *pucos* planos ó platos. Grueso entre cuatro y siete milímetros, según la parte de la pieza. Uno de ellos tiene un agujero para atar una quebradura. Otro de los fragmentos sólo mide dos milímetros de grueso, y parece haber pertenecido á un cántaro de especial forma y finura, tal vez pintado.

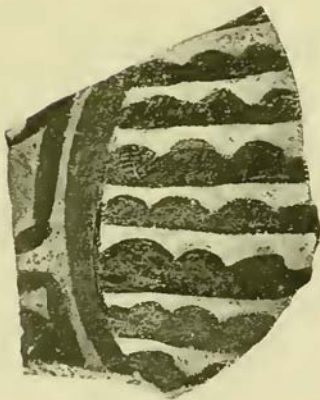
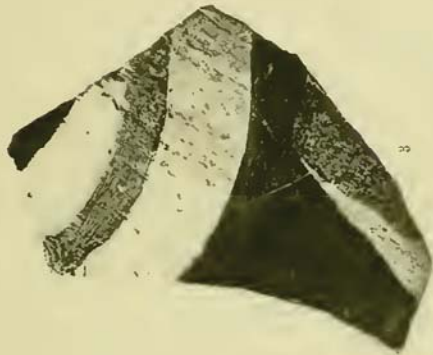
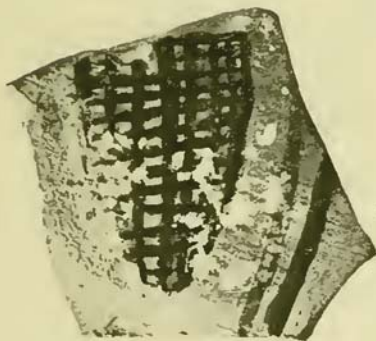
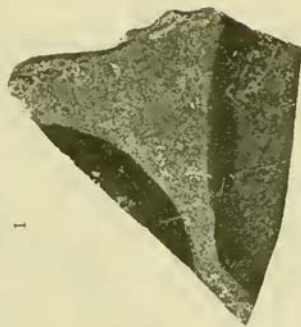
III. Alfarería fina, bien amasada, alisada ó pulida y quemada; de un bayo algo más obscuro que el anterior, en un caso con un viso ante de pintura, y adornados en dos y en tres colores, todo con una sola excepción perteneciente al grupo de las tinajas con serpientes ó dragones enroscados. El grueso de estas tejas varía entre cinco y siete milímetros. Los adornos de los dragones ó serpientes son los de siempre:—huevos ú óvalos, ya lisos, ya jaquelados, ya con otros óvalos concéntri-

cos en el interior. Los colores son negro, rojo y el del fondo. (Véase figuras 1 á 6 de la lámina adjunta).

Una de las tejas presenta un dibujo de otro tipo que no se describe por faltar lo de arriba: á lo que se ve, la parte principal consta de un medallón con líneas negras orladas con ondas del mismo color. El grueso de esta pieza apenas excede de cuatro milímetros. (Véase figura 7 de la lámina.)

IV. Los dos últimos de la lámina (fig. 8 y 9) representan la cabeza y el cuerpo de dos de esos idolillos tan comunes en toda la región catamarqueña, pero muy especialmente en la parte antes llamada jurisdicción de Londres ó Calchaquí. La cabeza pertenece al género *palla una* (cabeza ancha), y, como casi siempre, tiene los ojos oblicuos, cosa bien rara en una región donde este razgo no es característico de la raza actualmente en ocupación. Fueron hallados como á dos leguas ó tres al norte de Pajanco y Tuscamayo.

Las muestras estas bastan para hacer comprender la importancia de una exploración científica. Estas alfarerías del tipo dracónico, de las que contamos con ejemplos preciosos, no se han hallado aún *in situ* para saber con precisión á que tipo de entierros corresponden. En Santa María, donde abundan las urnas funerarias de las tan conocidas en todas las colecciones, pocas ó ningunas ollas de las dracónicas se encuentran (que yo sepa): mientras que en el Valle de Londres y sus anejos, es decir. Andalgalá, Belen. etc., donde las de Santa María son rarísimas, abundan las del dragón, enteras ó en fragmentos.



Alfarería del tipo dracónico, etc.